

Discurso Rector Claudio Rojas Miño

Vocativos

El quehacer universitario ha constituido mi principal forma de entrega a los demás, y asumiendo mi condición de hombre de fe, constituye este un momento de mucha significación y compromiso vital. Entiendo que el momento presente solo se trata de una síntesis, que se extiende hacia el pasado y hacia el futuro, donde se conjugan nuestras expectativas personales y colectivas, basadas en las creencias y tradiciones que otros forjaron, y que transmitimos a los que nos siguen.

Estoy en la Universidad Católica del Maule. Una institución que se da nuestra sociedad y nuestra Iglesia para la transmisión de la cultura, que inicialmente se daba en el tránsito desde la tradición a la razón, y que hoy día se plasma en la generación y difusión del conocimiento, y la transmisión de capacidades profesionales, todo ello a la luz del anuncio cristiano y en íntima relación con las necesidades y requerimientos de nuestro entorno.

En otras palabras, la Universidad Católica del Maule es un proyecto académico de la Iglesia Católica, situado en las exigencias de nuestro medio relevante.

Les quiero compartir como visualizo este desafío, junto con Ustedes.

Sé que llego a una institución en marcha, ya con un buen recorrido, con estaciones alcanzadas, otras que avizoramos en un futuro cercano, y algunas de más largo aliento.

La Universidad Católica del Maule ha crecido y se ha desarrollado en su oferta académica, cada vez más compleja y completa. Muestra aprendizajes y logros evidentes en sus procesos formativos, resultados de investigación muy importantes y de rápido crecimiento. Sus plataformas administrativas que buscan modernidad y funcionalidad. La Universidad muestra un visible ánimo de prosperar a una institución compleja en el mediano plazo, lo que invita a pensar en una consolidación de los postgrados, especialmente a nivel de doctorados, así como en una distribución más cabal de los productos de la investigación en el conjunto de las unidades académicas. Seguramente también hay que consolidar la interrelación de la formación de pregrado con la de postgrado.

En paralelo con lo anterior, la mayor complejidad también es un impulso a acoger las diversidades que caracterizan a las distintas disciplinas académicas, ya considerar como cada una de ellas se valoran y se reconocen.

Por otra parte, el Maule, la Región del Maule, es el gran referente de nuestra universidad para orientar sus procesos formativos y de investigación, y así lo muestran las líneas de trabajo que he podido observar, ya sea de ciencias agrarias, ciencias de la salud y medicina, ingeniería, educación. Mi invitación y ánimo es consolidar estos esfuerzos, que el conjunto de las unidades y programas académicos se dejen permeable por los requerimientos de la Región del Maule. Pero mi invitación es también a pensar que la Universidad Católica del Maule se constituya en referente nacional. Que los requerimientos del Maule apalanquen capacidades formativas y de investigación que abran rutas y sean

pertinentes en el quehacer universitario y académico del conjunto del país.

He conversado ya con miembros de la comunidad académica, he podido constatar mucha información de la universidad, y con los esfuerzos y recursos institucionales adecuados, lo anterior es perfectamente posible. Habrá que potenciar las relaciones internacionales a nivel de estudiantes, profundizar la vinculación académica, fortalecer el trabajo en redes nacionales e internacionales. Así también seguir fortaleciendo el acompañamiento de los estudiantes en su progreso formativo.

Ahora, lo anterior también es una invitación a fortalecer el carácter de Universidad Católica de nuestra institución. En el fondo, la búsqueda de una identidad que apela al alma de la universidad, de un espíritu que impregne a los miembros de la comunidad universitaria. Es una identidad que no busca separar, sino una identidad como herencia y como proyecto, como trayectoria que deje huella en las personas que viven la universidad, y que está en nuestro Proyecto Educativo Institucional.

Ello implica animar y consolidar proyectos de servicio que involucren a los miembros de la comunidad universitaria, estimular la reflexión académica de los problemas del hombre contemporáneo a la luz de la ciencia y de los valores del evangelio. Así también, valorar los espacios que inviten a la oración y el encuentro con otros.

Ahora, amigos, antes de seguir profundizando en los alcances que observo tiene nuestro desafío, les pido unos minutos para reflexionar sobre el contexto en que este proyecto se tiene que desenvolver.

A nivel global, pero no por ello menos pertinente para nosotros, se agudizan tendencias que marcarán nuestras posibilidades de desarrollo. En un primer ámbito, me refiero al auge de tecnologías disruptivas, cuya difusión están transformando sustancialmente el empleo, el bienestar y la gobernabilidad y las relaciones humanas. Son tecnologías que trascenderán parte de nuestras limitaciones físicas, como el diagnóstico de salud con nanotecnologías, análisis genéticos avanzados. También las telecomunicaciones y la robótica.

Así también, asistimos a un fuerte desarrollo de nuevas fuentes de energías no convencionales, pero se agudizará la escasez de recursos naturales, sea el agua, alimentos y ciertos minerales. Del mismo modo, hay en curso profundas transformaciones demográficas, con las migraciones y el envejecimiento de la población como grandes desafíos globales, y que en nuestro país ya lo vivimos desde hace tiempo. También verificamos una fuerte urbanización y expansión de las ciudades. El cambio climático, con sus efectos en la agricultura y probablemente como fuente de nuevas epidemias como la que aún estamos viviendo.

También nos interpela las dificultades de gobernabilidad democrática en muchos países, que se ve afectada por dinámicas de ciudadanos globales interconectados, manifestadas en ciberataques y el crimen organizado en redes transnacionales.

Todas las anteriores constituyen desafíos que pueden ser amenazas a nuestra convivencia, pero también oportunidades si desarrollamos y reforzamos adecuadamente nuestras capacidades de investigación, probablemente muchas en red. Del mismo modo, potenciando nuestros programas formativos.

Ahora, en nuestro país también estamos viviendo demandas de cambio en nuestra convivencia, influidas en parte por estas dinámicas globales, y en parte por nuestra propia dinámica histórica, y que entre otros aspectos ha dado origen a la actual discusión constitucional a la que estamos convocados a pronunciarnos en pocos días más.

Las tesis que se esgrimen respecto de las inquietudes y malestares de nuestra sociedad tendrían que ver, según algunos, con los procesos de modernización que han traído diversidad y prosperidad, pero también cuadros de agobio y de ansiedad, ya que la modernización reduce sistemáticamente las certidumbres y erosiona los vínculos sociales.

Otras interpretaciones están más vinculadas con la desigualdad, tanto material como de trato. Pareciera que mientras muchos chilenos han salido de la pobreza no se han democratizado de la misma manera las relaciones sociales.

También hay interpretaciones económicas que apelan a un sistema económico y productivo relativamente estancado en sus capacidades de ofrecer más y mejores oportunidades de vida y de trabajo.

No es nuestra tarea adjudicar la interpretación correcta, si es que ello fuera posible en un cuadro tan complejo y reciente. Sí me anima una interpretación, basada en Alexis de Tocqueville, de su clásico *el Antiguo Régimen y la Revolución*: EL progreso nos devela sombras que antes estaban ocultas, quizás porque las preocupaciones eran otras, y estas nuevas sombras se ven más urgentes de remover por el mayor nivel de conciencia que el desarrollo nos ha traído.

Es esta, quizás la eterna espiral del desarrollo. Removemos obstáculos que nos permiten avanzar para identificar luego nuevos desafíos que interpelan a nuestras instituciones y liderazgos: Nuevas exigencias que requieren capacidades de adecuación, de flexibilidad y de comprensión de los factores que afectan nuestra convivencia actual y nuestro desarrollo. Factores que serán tanto políticos, económicos, científicos, culturales, y sociales.

Por otra parte, la epidemia del coronavirus, con la que trabajosamente estamos conviviendo, y quera Dios que lo peor de sus manifestaciones vayan quedando atrás, también ha constituido un desafío a nuestra capacidad de adecuación, de flexibilidad, de cómo nos tratamos y nos cuidamos. Quizás solo valga señalar que las capacidades que hemos tenido que desarrollar para enfrentar esta pandemia sean las fortalezas que podamos exhibir en los períodos que se avecinan.

Digo lo anterior, porque es mi convicción que siendo importante la capacidad de resolver y tomar buenas decisiones, la flexibilidad, la confianza, la capacidad de escuchar seguramente constituirán el tipo de recursos más valiosos en los tiempos que vienen.

Amigos, como ya dije, la Universidad Católica del Maule ha crecido y se ha desarrollado significativamente, y tiene evidencias para mostrarlo, el crecimiento de la infraestructura, los resultados en investigación, en la modernidad buscada en sus procedimientos. Pero seguramente coincidirán conmigo que vienen otros desafíos asociados a este devenir, como los que señalé u otros. Habrá que complejizar y crecer en postgrados, el fortalecimiento permanente de nuestro ambiente formativo, solo por reiterar los retos más cercanos. Ello requerirá apertura

a los desafíos que tenemos con claustros académicos más fuertes, estudiantes involucrados, profesionales y funcionarios comprometidos, y tenemos que velar que el conjunto de la comunidad se vea convocada en esta tarea.

Todo esto lo debemos lograr en un período de nuestra historia llena de episodios poco predecibles, incluso controversiales. Un tiempo en que debemos reafirmar nuestra voluntad de ser una Universidad que, siendo católica, tiene un profundo sentido de servicio público.

No somos una fortaleza, sabemos que dentro de nuestras aulas tenemos el mundo real, complejo y cada vez más secular, y tenemos conciencia que nos debemos validar en el diálogo con ese mundo que representan nuestros estudiantes y el entorno que nos interpela.

Es por ello que hoy, especialmente en estos tiempos, una Universidad Católica tiene una enorme oportunidad hoy día en el mundo: Constituirse en un ámbito de sentido, de formación de personas competentes con ánimo de servicio y de búsqueda de la trascendencia. Porque como otros, creo honestamente que el proyecto de formar el carácter de la juventud no puede tener una sede más hospitalaria que las universidades de quienes creemos que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida.

Ello nos anima a ser una universidad abierta, colaboradora, con disposición a enfrentar cooperativamente las adversidades como la emergencia del coronavirus y otras similares, y a pensar creativamente en aproximaciones a los desafíos regionales y nacionales de nuestra sociedad.

Todo lo que he descrito tengo plena conciencia es una gran exigencia. No es tarea de una persona sola. Es de equipos que trabajan juntos y

motivados, y es por ello que agradezco la confianza puesta en mi persona para facilitar este proceso, en especial al Comité de Búsqueda que tuvo a su cargo la delicada y compleja labor de auscultar las personas que estimaban dignas de esta función, y al Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Galo Fernández Villaseca, que en definitiva me confió esta misión.

Así que agradecido y feliz de volver a la Universidad Católica del Maule, y anticipo el agradecimiento a mi familia, que vivirá nuevamente mis desvelos y ansiedades, ya que pondré todas mis capacidades y entusiasmo en esta labor, y me pongo en manos en Dios, que sé estará siempre con nosotros.

Muchas gracias.